

La tormenta que se avecina¹

A veces, sabes que las cosas tienen que cambiar y que van a cambiar, pero es sólo un presentimiento. [...] son los pequeños detalles los que anuncian lo que está por venir, pero quizá no los reconozcas. Pero entonces, algo sucede de repente que te saca de tu mundo. [...] es algo que te hace reflexionar. Alguien te muestra tu mismo reflejo y abre una puerta; hay algo que no deja que se cierre, te empujan hacia adentro y ahora tu cabeza se tiene que acoplar a un lugar diferente...

Bob Dylan (2004: 61-2), al llegar a Nueva York, 1961

Las ideas no surgen de la nada, sino que ocurren y se repiten en determinados momentos y lugares, en determinados contextos culturales y económicos. No nacen a partir del aislamiento de seminarios tranquilos, por mucho que los eruditos lo piensen así, sino en los cafés y los bares, en las calles de la ciudad, entre el murmullo de fondo de la vida cotidiana.

En este capítulo, iremos hacia atrás para ir hacia adelante. Nos fijaremos en la extraordinaria evolución de la sociología y la criminología en las décadas de los años sesenta y setenta; esta evolución sirvió como base de la criminología cultural y la sigue incentivando en la actualidad. En concreto, revisaremos algunas —pero no todas— perspectivas e ideas teóricas que han influenciado e inspirado la criminología cultural; también observaremos algunas de sus limitaciones.

El giro cultural: el surgimiento de la nueva teoría de la desviación

¹ Capítulo 2 de Ferrell, J, Hayward, K and Young, J (2008) *Cultural Criminology. An Invitation*. Routledge: London. Traducción *ad-hoc* para uso exclusivo de la materia “Criminología y Control Social”, Facultad de Derecho, UNR. NO DISTRIBUIR NI CITAR.

En un período de poco más de diez años, entre 1955 y 1966, una serie de libros y artículos publicados en los EE. UU. transformaron radicalmente nuestra manera de pensar acerca del crimen y la desviación; además, por un tiempo, permitieron colocar a la sociología de la desviación en el centro del pensamiento y del debate sociológicos. La nueva teoría de la desviación estaba constituida por dos corrientes: la teoría de la subcultura y la teoría del etiquetamiento, a veces discrepantes y con frecuencia debatidas pero con un mismo enfoque evidentemente *cultural* de la explicación del crimen y la desviación.

Era una época iluminadora. Los Estados Unidos había pasado por un período de crecimiento económico constante desde fines de la década de los años treinta. A diferencia de Europa, no había experimentado el desconsuelo de la guerra y el racionamiento y la reconstrucción subsiguientes. La prosperidad de los EE. UU. creció hasta límites insospechados; el mundo envidiaba sus automóviles, sus cocinas, sus supermercados y su cine. Pero fue precisamente durante esta época que el sueño americano empezó a pender de un hilo. El crimen aumentó a pesar de la prosperidad, el bienestar económico no era para todos, la misma opulencia causó divisiones dentro del país y el propio sueño americano comenzó a parecer un tanto inconsistente. La flagrante segregación racial en el Sur y las crudas desigualdades en el Norte se hicieron todavía más evidentes durante el auge de la prosperidad y en una sociedad donde la meritocracia era presentada con orgullo como el método estadounidense.

Se comenzó a cuestionar la “naturalidad” tanto de la exclusión como de la inclusión, basadas en los conceptos de genética inferior, inteligencia inferior o ineptitud cultural. Y ese cuestionamiento de un mundo dado por hecho abarcó otros ámbitos de exclusión además del racial, según distintas condiciones: el género femenino, la edad, la clase social y la sexualidad. Así apareció la paradoja de la democracia liberal: la pretensión de tratar igualmente a aquellos que son diferentes y de unir a todos los ciudadanos sobre la base de la libertad, la igualdad y la fraternidad; sin embargo, a través de la historia, la exclusión formal e informal de categorías enteras de personas se basó en la genética y en la cultura. La clase obrera, las mujeres, los jóvenes; todos, históricamente, no cumplían con los requisitos para ser incluidos en la ciudadanía: de hecho, la esclavitud, la más despótica de todas las exclusiones, estaba en su apogeo precisamente durante la Ilustración, cuando se declaró el carácter universal de los derechos humanos. Las controversias sobre el alcance de los derechos que se incluirían y, paradójicamente, las reglas de exclusión existían desde hacía mucho tiempo (Macpherson, 1977); los grandes conflictos sociales que dividieron tan profundamente a los Estados Unidos en las décadas de los años cincuenta y sesenta se hicieron eco de esto.

CUADRO

Línea cronológica: Tormentas que se avecinan

1955	<i>Rebel Without a Cause</i> (Dir.: Nicholas Ray) <i>Howl</i> , Allen Ginsberg Rosa Parks se niega a ceder su asiento de autobús a un hombre blanco en Montgomery, Alabama.	<i>Delinquent Boys: The Culture of the Gang</i> , Albert Cohen <i>The Sane Society</i> , Erich Fromm
1956	Elvis Presley ingresa a las listas de éxitos y a la conciencia estadounidense con su primer hit “Heartbreak Hotel” y con una posterior aparición en el show <i>Ed Sullivan Show</i>	<i>The Power Elite</i> , C. Wright Mills
1957	<i>On The Road</i> , Jack Kerouac	

1958	Bertrand Russell funda la Campaña por el desarme nuclear y diseña el “signo de la paz”	<i>The Memoirs of a Dutiful Daughter</i> , Simone de Beauvoir <i>Society of Captives</i> , Gresham Sykes <i>The Presentation of Self in Everyday Life</i> , Ervin Goffman
1960	<i>Naked Lunch</i> , William Burroughs En los Estados Unidos, la Administración de Medicamentos y Alimentos (FDA, por sus siglas en inglés) aprueba la píldora anticonceptiva oral Andy Warhol comienza a pintar las latas de sopa Campbell's y otros artículos de producción en serie	<i>The Sociological Imagination</i> , C. Wright Mills <i>Delinquency and Opportunity</i> , Richard Cloward y Lloyd Ohlin <i>The Organisation Man</i> , William F. Whyte <i>Resistance, Rebellion and Death</i> , Albert Camus
1961	<i>Catch-22</i> , Joseph Heller	<i>Asylums</i> , Erving Goffman <i>The Death and Life of Great American Cities</i> , Jane Jacobs
1962	Los Rolling Stones hacen su debut y los Beatles firman un contrato con Parlophone <i>A Kind of Loving</i> (Dir.: John Schlesinger)	<i>The Other America</i> , Michael Harrington <i>Phenomenology of Perception</i> , Maurice Merleau Ponty
1963	Marcha en Washington: discurso “Tengo un sueño” de Martin Luther King Asesinato de J.F. Kennedy Bob Dylan presenta “Blowin’ in the wind”	<i>Outsiders</i> , Howard Becker <i>The Feminine Mystique</i> , Betty Friedan
1964	Malcolm X anuncia la creación de un partido nacionalista negro Se inicia el Movimiento a favor de la libertad de expresión en Berkeley	<i>One Dimensional Man</i> , Herbert Marcuse <i>Understanding Media</i> , Marshall McLuhan
1965	<i>Last Exit to Brooklyn</i> , Hubert Selby Jr. Disturbios en Watts, Los Ángeles John Coltrane presenta “A Love Supreme” y se crea The Velvet Underground	<i>Delinquency and Drift</i> , David Matza <i>For Marx</i> , Louis Althusser
1966	<i>The Crying of Lot 49</i> , Thomas Pynchon <i>The Battle of Algiers</i> (Dir.: Gillo Pontecorvo)	<i>The Delinquent Solution</i> , David Downes <i>Complexity and Contradiction in Architecture</i> , Robert Venturi

1967	Disturbios raciales en Newark y Detroit	<i>The Social Construction of Reality</i> , Peter Berger y Thomas Luckmann <i>The Phenomenology of the Social World</i> , Alfred Schutz <i>The Politics of Experience</i> , R. D. Laing <i>Human Deviance, Social Problems and Social Control</i> , Ed Lemert
1968	Mayo-junio: revueltas estudiantiles en París Ofensiva del Tet y Matanza de My Lai en Vietnam. <i>Do Androids Dream of Electric Sheep?</i> Phillip K. Dick	Primera Conferencia Nacional sobre Desviación, Universidad de York, Reino Unido
1969	Woodstock <i>Easy Rider</i> (Dir.: Denis Hopper) <i>I Know Why the Caged Bird Sings</i> , Maya Angelou	<i>Becoming Deviant</i> , David Matza <i>Symbolic Interactionism</i> , Herbert Blumer
1970	Matanza en la Universidad Kent State Jim Morrison de The Doors es declarado culpable de blasfemia y exhibicionismo	<i>La société de consommation</i> , Jean Baudrillard <i>The Coming Crisis in Western Sociology</i> , Alvin Gouldner
1971	Revuelta en la prisión de Attica <i>A Clockwork Orange</i> (Dir.: Stanley Kubrick)	<i>The Drugtakers</i> , Jock Young
1972	Se hace público el escándalo Watergate Se edita la publicación feminista <i>Spare Rib</i> por primera vez en Londres La película pornográfica <i>Deep Throat</i> (Dir.: Gerard Damiano) se convierte en un éxito de taquilla	<i>Subcultural Conflict and Working Class Community</i> , Phil Cohen <i>Folk Devils and Moral Panics</i> , Stan Cohen
1973	Crisis del petróleo	<i>The New Criminology</i> , Ian Taylor, Paul Walton, Jock Young
1974	El presidente de EE. UU., Richard Nixon, renuncia tras mentir al pueblo estadounidense acerca de Watergate	<i>Soft City</i> , Jonathan Raban <i>Housewife</i> , Ann Oakley
1975	<i>One Flew Over the Cuckoo's Nest</i> (Dir.: Millos Forman)	<i>Discipline and Punish: The Birth of the Prison</i> , Michael Foucault
1976	Disturbios en Soweto, Sudáfrica Bob Marley abandona Jamaica y viaja a Inglaterra, donde graba "Exodus"	<i>Resistance through Ritual</i> , Stuart Hall y Tony Jefferson <i>Women, Crime and Criminology</i> , Carol Smart

1977	El grupo extremista musulmán Hanifa toma tres edificios en Washington D.C. y 130 rehenes The Clash lanza su álbum debut	<i>Learning to Labour</i> , Paul Willis <i>Outline of a Theory of Practice</i> , Pierre Bourdieu <i>Sexual Politics</i> , Kate Millet
1978	<i>The Deer Hunter</i> (Dir.: Michael Cimeno)	<i>Policing the Crisis</i> , Stuart Hall et ál. <i>Orientalism</i> , Edward Said
1979	Margaret Thatcher es elegida primera ministra del Reino Unido Decenas de miles de defensores de los derechos de los homosexuales marchan a Washington D.C.	<i>Subculture: The Meaning of Style</i> , Dick Hebdige <i>The Culture of Narcissism</i> , Christopher Lasch <i>The Postmodern Condition</i> , Jean-François Lyotard
1980	Ronald Reagan derrota a Jimmy Carter en las elecciones presidenciales de los EE. UU.	<i>Sociology of Youth Culture</i> , Mike Brake <i>Culture, Media, Language</i> , Stuart Hall, Dorothy Hobson, Andrew Lowe, Paul Willis
1981	Disturbios en Brixton, que precipitan un verano de revueltas raciales en el Reino Unido	<i>Culture</i> , Raymond Williams <i>Pornography: Men Possessing Women</i> , Andrea Dworkin

La rebelión criminológica surgió a partir de estas luchas y de los debates fundamentales sobre la naturaleza de la diversidad y la inclusión en una democracia liberal. La dicotomía de la desigualdad en términos de raza, género, edad y sexualidad se generalizó hacia los designados “normal” y “desviado”, “respetuoso de la ley” y “delincuente”. Esto comenzó en la sociología de la desviación y luego se extendió en la criminología propiamente dicha. La sociología de la desviación lidia con personas de los bajos fondos, que forman parte de los sectores marginales de la sociedad y que son consideradas personas cultural y genéticamente inferiores: homosexuales, usuarios de drogas ilegales, enfermos mentales y alcohólicos. La sociología del crimen y la delincuencia se centra principalmente en aquellos social y políticamente excluidos de las democracias liberales: los negros, los jóvenes, los pobres indignos y los varones recalcitrantes. De hecho, el sistema de justicia penal se centra precisamente en los que están excluidos de la sociedad civil. Las mismas categorías de la criminología ortodoxa da indicios de inferioridad biológica, social y cultural, desde el atavismo de Lombroso (2006 [1876]) y el bajo autocontrol inculcado en los niños provenientes de familias “débiles” (Gottfredson y Hirschi, 1990) hasta los atributos destructivos de la cultura de la clase baja, según Walter Miller (1958).

Entonces, así como las ideas políticas de la democracia liberal se centran en la sociedad inclusiva pero además tienen como interés los criterios para la exclusión, la criminología ortodoxa ha podido reflejar esta filosofía política, centrándose en los excluidos y construyendo una ciencia de los criterios para la inclusión. Por lo tanto, no fue accidental que la **nueva** teoría de la desviación surgiese en este período, con las luchas por los derechos civiles como fondo y seguida por los movimientos a favor de los derechos de la mujer y de los homosexuales, las ideas políticas de inclusión con mayor amplitud. Esta nueva teoría de la desviación principalmente tenía interés por la injusticia de la exclusión social (ya sea política, legal o económica) y por la falsedad de tratar de explicar la imposición de tal desviación como consecuencia de los déficit genéticos o culturales particulares. La nueva teoría de la desviación abordó tres temas

relativos a la exclusión: en primer lugar, la noción de que la desviación se debió a una falta de cultura, por encima y en contra de un supuesto consenso cultural; en segundo lugar, la afirmación de que tal déficit se debía a defectos individuales, que continuaban por la genética, la familia o la inadecuación social; en tercer y último lugar, la idea de que el sistema de justicia penal y otras agencias de control social imponían legítimamente tales interpretaciones a las personas recalcitrantes, es decir, etiquetaban legítimamente al desviado como una persona sin cultura.

Pero la tormenta que se avecinaba no se encargó solamente de los excluidos, sino que también atrapó a aquellos que definitivamente eran considerados *incluidos*, aquellos que supuestamente formaban parte de las historias exitosas del sueño americano. La riqueza en sí, la cultura corporativa, el coche y la cocina cada vez más grandes, la casa, la familia y el trabajo ideales comenzaron a parecer, de alguna manera, componentes injustos, represivos y tediosos de la sociedad. Algunas personas, luego, fueron excluidas del sueño americano, otras empezaron a darse cuenta de que habían sido relegadas a pequeños papeles en un drama sobre hombres y otras comenzaron a recriminar a la monotonía de éxito y a cuestionar las mismas premisas del sueño americano, sus premios y sus promesas. Como Betty Friedan (1963) preguntó en su pionero libro feminista, *The Feminine Mystique*: “¿Es esto todo lo que hay?”

El surgimiento del feminismo, el explosivo desarrollo de las culturas juveniles y la nueva bohemia de izquierdas propagaban actitudes cambiantes a través de la sociedad, sacudiendo el mundo displicente de los primeros años de la década de 1960. Hicieron hincapié en una transformación activa de la vida y del estilo de vida; la sensibilidad por la creatividad cultural de la mujer, las minorías étnicas y los pobres; además, criticaban a los que se atrevían a representar el consenso social y los valores dominantes. Si se añade a tales fuerzas culturales la pluralidad de valores distribuidos por la inmigración, el turismo y los medios masivos de comunicación, se obtiene un “mercado de mundos” (Schelsky, 1957), que influyó profundamente en la nueva teoría de la desviación.

La explosión de la nueva teoría de la desviación

Además de [...] ser más comprensible que la mayoría de los escritos sociológicos, la mitad de *Outsiders* estaba compuesto de estudios empíricos [...] de temas que eran “interesantes” para la generación de estudiantes que entraban a las universidades de Estados Unidos. [...] Estos temas, que se cruzan más o menos con sus propias vidas, hicieron que los maestros, muchos de los cuales compartían el mismo interés de los estudiantes por las drogas y la música, incluyan el libro en las lecturas asignadas. De esta manera, el libro se convirtió en una especie de bibliografía recomendada en las clases de los estudiantes más jóvenes.

Howard Becker (2005: 1), sobre su libro *Outsiders* de 1963

La nueva teoría de la desviación se formó en respuesta a los problemas de inclusión y de diversidad. El pluralismo es lo que desentona en los estilos de vida y en las subculturas cuya existencia apunta a las posibilidades alternativas y a las opciones tentadoras, que presentan posibilidades y potenciales preocupantes. La existencia del pluralismo, la posibilidad de la diversidad, plantea de inmediato preguntas fundamentales sobre la inclusión: ¿En qué mundo social estamos incluidos? ¿Se ajusta a nuestras necesidades y satisface nuestros sueños? Ambas son preguntas dentro de la normalidad. Mientras que la criminología ortodoxa intentaba delimitar lo normal de lo desviado y planteaba una cultura “normal” consensuada, la nueva teoría de la desviación pretendía erosionar la distinción entre normalidad y desviación, por lo que aboga por la diversidad inherente de la cultura. El problema doble que representan la distinción y la diversidad empezó a enfrentarse con el pensamiento criminológico.

Finalmente, se extendió una crisis generalizada de legitimidad: una generación más joven aprendió no sólo de los límites del sistema y las barreras a la inclusión, sino también de los prejuicios y la represión contra las nuevas ideas y culturas. Fueron testigos de la represión que sufrieron las minorías étnicas y los pobres durante su lucha por los derechos civiles y experimentaron directamente la reacción violenta de la policía y otras autoridades judiciales que tuvieron con el movimiento en contra de la guerra de Vietnam. Los gases lacrimógenos en los campus universitarios y la matanza de estudiantes en la Kent State University por la Guardia Nacional confirmaron los peores miedos de una generación. Y a principio de la década de 1970, como Robert Lilly y sus coautores señalan, “La bancarrota moral del estado pareció completa con la revelación del escándalo Watergate, que mostró que la corrupción no sólo ingresó en las más altas esferas del gobierno sin que también las invadió” (Lilly et ál., 1989: 130).

En este contexto histórico, el impacto intelectual de los teóricos de la nueva desviación era enorme; su influencia durante un tiempo parecía irreversible. Su contribución fue *incluir la cultura en el estudio del crimen y del comportamiento desviado*, no simplemente mediante el reconocimiento de la existenciainnegable de la cultura en la vida social, sino también haciendo hincapié en el carácter creativo de la cultura, y por lo tanto, en la creación humana de la desviación y en la creación humana de los sistemas destinados a controlarla.

Para la criminología ortodoxa, el comportamiento “normal” y respetuoso de la ley había sido considerado como la aceptación de la cultura dominante, el crimen y la desviación como una *falta* de cultura y el control social como la ejecución automática y mecánica de las normas culturales. Según este parecer, el crimen es causado por las instituciones incapaces de transmitir las normas culturales o por las personas incapaces de aceptarlas debido a una desorganización a nivel social, a la falta de socialización cultural a nivel personal o a la combinación de estas dos cosas. Esta criminología tan positivista trata de explicar, a través de factores como las familias divididas o la predisposición genética, por qué no se ha producido tal socialización en un consenso indiscutible de los valores culturales. El crimen es, en definitiva, el fracaso de la sociedad de inculcar la cultura y, como tal, el análisis criminológico se puede considerar como un acto de otredad y de exclusión. Es el individuo supuestamente “bien socializado” analizando al individuo “mal socializado”, el social examinando al asocial, el desarrollado culturalmente evaluando al atávico, el mundo significativo explicando las formas de violencia y mal comportamiento “sin sentido”.

El papel de la nueva teoría de la desviación, en marcado contraste, tenía por objeto otorgar al delincuente y al comportamiento desviado un *significado cultural*; como veremos, el poder de la nueva teoría del etiquetamiento era explicar el proceso cultural por el que se produjeron la otredad y la exclusión, el proceso mediante el cual la teoría criminológica, los medios masivos de comunicación y la manera en la que el público definió a la desviación, distorsionó y cambió su significado; así se creó el mismo estereotipo que habían imaginado. En el Capítulo 1, observamos dos nociones de “cultura”, la primera referente a la conceptualización de la cultura como el aglutinante consensuado de la sociedad y la segunda acerca de la consideración de la cultura como una fuente de creatividad, una fuente de desafíos creativos de reificación, orden social y aceptabilidad. Los teóricos de la nueva desviación estaban totalmente de acuerdo con este último concepto: la cultura como innovación y resistencia. Sin embargo, también se ocuparon de exponer la labor cultural de los poderosos, que intentan mantener el mito de la cultura normativa como natural, lo inevitable más allá de la acción de las personas. Desde este punto de vista, un análisis profundo del crimen y la desviación muestra la acción humana al invocar a la generación creativa del significado y también, la manera por la cual las agencias poderosas intentan quitar la creatividad y el significado del desviado y del criminal; de hecho, de todos a quienes tienen como subordinados. El primero de estos ámbitos se convirtió en el foco de la teoría de la subcultura y el segundo, en el foco de la teoría del etiquetamiento. El primero tenía como interés principal los orígenes culturales del comportamiento desviado y el segundo tenía como interés la *reacción* social a la desviación, con control social e intervención cultural.

Sin embargo, estos nuevos enfoques no negaban las teorías anteriores; de la misma manera que la criminología cultural actual, llegaron de nuevo a redescubrir y reinventar la comprensión anterior de la desviación, el crimen, y la cultura. Emile Durkheim fue una de las mayores influencias en la teoría de la subcultura. La visión de Durkheim sobre la relación entre la naturaleza humana y la sociedad fue fundamental; sin embargo, es casi invariablemente malinterpretada. Con frecuencia los criminólogos entienden que Durkheim dice que la naturaleza humana es esencialmente insaciable, con el papel de la cultura que sirve de bloque civilizador que de alguna manera puede contener un desborde potencial de desviación (por ejemplo, Lilly et ál., 1989; Void et ál., 1998; Downes y Rock, 2007). La cultura se convierte en lo contrario de la desviación y la falta de socialización cultural, en su causa.

Pero en realidad, esto es casi lo contrario de su punto de vista. Para Durkheim, las necesidades orgánicas y los deseos animales son saciables y limitados; son las *aspiraciones inducidas culturalmente* las que potencialmente no tienen límites, que crean un deseo incesante e interminable, que hacen que los seres humanos sufran, como él dice, “la enfermedad de lo infinito”. Durkheim escribía en medio de la rápida industrialización de Francia y fue testigo de una transformación masiva de la estructura social y de los valores sociales; en particular, presencié el surgimiento de una cultura del individualismo y una disminución de los valores tradicionales y solidarios. Sostuvo firmemente que una sociedad cuyos valores culturales fundamentales elevaban la competencia individual y ofrecían objetivos incesantes y cada vez más aislados sería inevitablemente inestable y plagada de conflictos. Para él, esta condición no era “natural” sino más bien significaba la creación cultural de una sociedad capitalista; una sociedad con menos crimen y conflictos podría existir si se desarrollase una cultura unificadora a partir de la confianza, el premio meritorio y el logro limitado.

Durkheim, entonces, basó su explicación del crimen y la desviación en el ámbito cultural y además insistió en que la desviación es un producto cultural, y por lo tanto, un producto de definición cultural. En *The Rules of Sociological Method*, fue famosa la observación de que incluso en una “sociedad de santos” algunos se deberían definir como delincuentes (Durkheim, 1964: 68-9), y con frecuencia señaló que la desviación ocurre no del acto en sí, sino de las normas culturales prohibitivas (por ejemplo, Durkheim, 1965:43).

Cuando en 1938 Robert Merton publicó el libro más influyente escrito hasta ese momento sobre las causas del crimen y la desviación, “Social Structure and Anomie”, se basó en Durkheim para criticar de manera explícita tanto el positivismo individual como el social. Al igual que Durkheim, demostró que el crimen y la desviación, en lugar de ser una cuestión de patología individual, son de hecho respuestas “normales” a circunstancias culturales y estructurales particulares. Pero su crítica del positivismo social también es interesante. Merton demostró que ecuaciones simples como “la pobreza causa el crimen” carecen de fundamentos. Por el contrario, la presión por el sueño americano y la noción de que el éxito y la movilidad social están disponibles para todos entra en fricción con las limitaciones estructurales reales de éxito. Irónicamente, el valor estadounidense precisamente más legítimo, el sueño americano, es el que causa la desviación y el desorden, o, como dice Merton, “la conducta antisocial está ‘inspirada’ por ciertos valores convencionales y por una estructura de clases que implica un acceso diferenciado a las oportunidades aprobadas...” (1938: 24, cursivas en el original).

Además, Merton hizo hincapié en otro aspecto criminógeno de la cultura estadounidense: el excesivo énfasis en los objetivos en lugar del énfasis en los medios para alcanzarlos. Según Merton, estos dos elementos combinados, el énfasis cultural en el éxito a toda costa y las oportunidades limitadas, creaban una presión verdaderamente perjudicial. En su conocida tipología de las adaptaciones de este tipo de presión, Merton imaginó varias opciones, de las cuales una sería el crimen; es decir, la creación innovadora de medios nuevos para alcanzar los objetivos culturales. Y es a partir de esta idea que la teoría de la subcultura surge, donde el crimen y la desviación son

consideradas una *solución* material y cultural para las contradicciones de la sociedad en general.

Teoría de la subcultura

Los enfoques subculturales del crimen y la desviación tienen una larga historia y datan de la época victoriana, de la cual se tienen descripciones precisas de los bajos fondos. Aunque con detalles precisos, los primeros informes subculturales tendían a mezclar moralismo con descripción y a omitir la teoría. Se describían los valores subculturales, se mostraba la manera en la que estos valores se *transmitían* mediante un proceso normal de socialización pero no se explica su *origen*. El distintivo de lo que podríamos llamar “teoría de la subcultura madura” es la habilidad para explicar tanto la transmisión de valores culturales de desviación como sus orígenes. Este enfoque comenzó a finales de la década de 1950 y a comienzos de la década de 1960 con los trabajos pioneros de Albert Cohen y Richard Cloward en el ámbito de la delincuencia y de Gresham Sykes y Erving Goffman durante sus estudios de las instituciones.

El concepto de “subcultura” en la teoría de la subcultura madura está claramente vinculado a la noción de la cultura desarrollada dentro de la antropología social y cultural; tales respuestas subculturales pueden ser consideradas como soluciones elaboradas conjuntamente para problemas experimentados colectivamente. El comportamiento desviado se considerado un intento significativo de resolver los problemas con los que se enfrenta un grupo marginado o alienado; es necesario, por lo tanto, explorar y comprender las experiencias subjetivas de los miembros de la subcultura. La cultura en este sentido antropológico constituye las innovaciones que las personas han desarrollados en forma conjunta para enfrentar los problemas de la vida cotidiana. Están incluidos el lenguaje, las formas de vestir, las normas morales, los mitos, las ideologías políticas, las formas de arte, las normas de trabajo, la sexualidad; en suma, todo tipo de comportamiento humano colectivo y creativo. Al verse en ciertas posiciones estructurales compartidas delimitadas, por ejemplo, por la edad, la clase social, el sexo o la raza, las personas desarrollan y comparten soluciones significativas para cualquier problema que surja a partir de dichas posiciones.

Estas posiciones, por supuesto, cobran vida en contextos particulares (ciudad o país, 1908 ó 2008, la cárcel, la escuela o el lugar de trabajo) y así los problemas comunes y las soluciones subculturales varían enormemente, a veces superponiéndose o siendo diferentes pero siempre evolucionando. Como fueron creadas por el hombre, las subculturas pueden variar según las experiencias y la imaginación conjuntas de quienes las componen. En este sentido, todas las personas crean formaciones subculturales; los policías, los plomeros y los políticos tienen rituales colectivos, estilos y códigos que forman parte de su rutina diaria. Pero para los teóricos de la desviación y para los criminólogos, hay un enfoque más preciso: las subculturas de aquellos que son definidos como desviados o delincuentes, los que la ley margina y excluye.

Con este enfoque, los teóricos de la subcultura desarrollaron una idea tan simple como importante: las respuestas subculturales no están vacías ni son absurdas, son *significativas*. Basta con pensarlo: en nuestro discurso público, también a veces en la criminología ortodoxa, toda una serie de términos comunes sirve para descartar la posibilidad de que el comportamiento desviado sea significativo y de que tenga un significado subcultural. Términos como “banda”, “hiperactivo”, “primitivo”, “salvaje”, “sin sentido” y “loco” sirven para definir el comportamiento desviado como simplemente aberrante y carente de cualquier significado o valor. En cambio, la teoría de la subcultura sostiene que el comportamiento humano es fundamentalmente significativo, es decir, fundamentalmente cultural, y que las diferencias en el comportamiento social representan problemas y soluciones específicos.

De hecho, la teoría de la subcultura desde la década de 1950 se fijó la tarea de explicar los comportamientos desviados, que se suponían que eran simplemente irracionales e

improductivos. Una vez más, se puede notar la relación con la antropología cuando los antropólogos se esfuerzan por explicar el significado y el propósito de costumbres culturales aparentemente extrañas: rituales de parentesco inefables, tabúes y fetiches, cultos cargo. Se debe tener en cuenta, sin embargo, que la teoría de la subcultura se movió rápidamente de la afirmación de Merton, que dice que el crimen constituye una alternativa práctica para alcanzar objetivos consensuados, hacia un enfoque de los comportamientos que aparentemente parecía contraproducente, si no del todo improbable.

El texto subcultural clásico de *Muchachos Delincentes: La Cultura de la Banda*, Albert Cohen (1955) comienza con el reconocimiento de que la mayoría de los actos delictivos no se cometen para acceder a bienes materiales deseados, sino más bien de forma “no utilitaria, maliciosa y negativista”. El robo y el posterior desecho de los bienes, la rotura de vidrios para aterrar a los niños “buenos” y la desobediencia de las órdenes del maestro son parte de un comportamiento “antisocial”, *transgresivo* hasta la médula. Sin embargo, Cohen no relega este comportamiento a una picardía sin sentido; apunta al lugar de la delincuencia en los estratos más bajos de la estructura social. Además, se pregunta qué es “crecer en un sistema de clases”. La respuesta de Cohen es bien conocida y continúa siendo influyente. En la escuela, se juzga a los niños por los valores de la clase media, lo que provoca presiones en los niños de clase baja para cumplir con estos valores. Las experiencias resultantes de la humillación y de la privación del estatus son el principal problema para estos niños. La solución colectiva que encuentran, aunque sea temporal, es reaccionar fuertemente contra estos valores de clase media al negarlos e invertirlos. Así se desarrolla una “formación reactiva”, un proceso de energía colectiva, intensidad y *trabajo cultural*, donde se invierten los valores de clase media y el estatus subcultural se logra por medio de esta misma rebelión.

Dos décadas más tarde, el teórico subcultural Paul Willis descubrió, en su libro *Learning to Labour* (1977), un problema similar compartido por los niños de clase baja: la exigencia de alcanzar los estándares de clase media, sin estar preparados adecuadamente por su entorno, para alcanzar calificaciones académicas irrelevantes para sus futuros empleos. Como Willis descubrió, estos niños “resuelven” culturalmente el problema causando problemas en el aula y rechazando la disciplina del maestro, mientras que al mismo tiempo desarrollan una subcultura que recompensa la masculinidad y la resistencia física con un alto estatus. Del mismo modo, el estudio de Ken Pryce (1979) sobre los jóvenes negros en el Reino Unido descubrió que algunos desarrollan una cultura del ocio que les ayuda a sobrevivir al desempleo y al racismo, y les permite rechazar de manera significativa los pocos trabajos de baja categoría disponibles.

Los modelos que reducen las actividades desviadas de la juventud hacia las deficiencias mentales o físicas de los individuos son rechazadas de esta manera; ya que, desde el punto de vista de la teoría de la subcultura, tales modelos no pueden explicar la dinámica subcultural y significativa detrás de ese comportamiento. Los teóricos subculturales se atreven a ver el mundo y sus problemas a través de los ojos de los miembros de la subcultura; esto garantiza una subjetividad y una agencia colectiva de las subculturas que estudian. Para ellos, la subjetividad humana y la interpretación, *la cultura* humana, es la condición *sine qua non* para la comprensión del comportamiento humano.

CUADRO Teoría Protosubcultural: la escritura desde abajo

La teoría de la subcultura en cada una de sus manifestaciones es un acto de la excavación, una inmersión en las profundidades de la sociedad para encontrar lo que bulle por debajo. Al igual que el trabajo de los historiadores sociales, se está *escribiendo desde el fondo*, dando voz a aquellos que están “ocultos de la historia”.

Las primeras manifestaciones aparecieron en el Londres victoriano, en ese momento la ciudad más grande del mundo, o en Manchester, la ciudad de más rápido crecimiento de su época. Booth, Engels, Mayhew, Morrison, Dickens y otros

exploraron estas “Áfricas” de la ciudad, estos “continentes desconocidos” de la nueva metrópoli.

La segunda fue Chicago, el nuevo Manchester, la ciudad que, en un siglo, se expandió de un puesto de comercio de 300 personas a uno de las más grandes ciudades del mundo con una población superior a cuatro millones de habitantes, para 1910. Con la inmigración de los afroamericanos del Sur y los europeos del Viejo Mundo, se convirtió en una ciudad de una diversidad sin igual y el hogar de la Escuela de Sociología de Chicago, donde Robert Park logró su fama por exhortar a sus estudiantes para que se ensucien sus pantalones en la investigación real.

La tercera fue la nueva teoría de la desviación en las décadas de los años cincuenta y sesenta, suspendida entre el crimen, la delincuencia y lo exótico, con etnografías de callejuelas y *jazz dub*, de mirones y homosexuales, de fumadores de marihuana y de sinvergüenzas en salones de billar.

La cuarta fue representada por la migración transatlántica hacia Gran Bretaña, una transposición de las teorías subculturales de la delincuencia a las espectaculares culturas juveniles: *skinheads*, *teddy boys*, *rockers*, *mods* y *punks*.

La quinta, en la actualidad, se traslada de la subcultura a la cultura de club, la cultura virtual y el mundo “postsubcultural” de la modernidad tardía, el ámbito de la criminología cultural. Es una de las bandas globales y tecnotribus, del hiperpluralismo y la cultura global de la calle, donde las viejas certezas pierden las amarras en el remolino de la mediación de la vida cotidiana.

Teoría del etiquetamiento: la revolución construccionista

La desviación [...] es una creación de la imaginación del público [...] el carácter desviado del acto reside en la manera en que se define en la mente del público [...] (que) tiene, por supuesto, consecuencias drásticas para la persona que lo comete.

Howard Becker (1965 [1971]: 341)

Este es un gran giro con respecto a la sociología antigua que tendía a apoyarse en gran medida en la idea de que la desviación conduce al control social. He llegado a creer que la idea contraria, es decir, el control social conduce a la desviación; es igualmente sostenible y la premisa potencialmente más rica para el estudio de la desviación en la sociedad moderna.

Edwin LEMERT (1967: v)

La teoría del etiquetamiento tuvo un impacto revolucionario en la sociología de la desviación, dejando la comprensión ortodoxa del crimen y la desviación cabeza abajo. El lente del positivismo ortodoxo prometía reflejar con precisión la realidad objetiva; sin embargo, la teoría del etiquetamiento mostró que no hay realidad objetiva para reflejar, sólo un proceso en curso de acción y reacción, de significado refutado que cambia con el público y la situación. Los teóricos del etiquetamiento argumentaron que la “desviación” no es un hecho objetivo, a la espera de ser catalogado y analizado, sino más bien un proceso objetivo de la creación humana y de la subjetividad humana. Sin embargo, los teóricos del etiquetamiento advirtieron que no todas las creaciones, ni todos los significados, tienen consecuencias equiparables en la construcción de la desviación. Algunas definiciones e interpretaciones llevan el visto bueno de la autoridad, y la potencia de la sanción legal y el estigma impuesto; el proceso de etiquetamiento es un proceso de poder y marginación. Y así, con la visión desarrollada anteriormente de Edwin Lemert, la teoría del etiquetamiento mantuvo el enfoque ortodoxo cabeza abajo. Si las definiciones dominantes dan forma a lo que viene a ser “desviación”, entonces es posible que las principales instituciones sociales no sirvan para controlar la desviación, sino que la *crean*. Desde este punto de vista, lo que tomamos como la “desviación” no resulta ser el fracaso de los sistemas de control social, sino su éxito.

Consideremos un ejemplo tal vez demasiado familiar para los estudiantes universitarios: el alcohol y la bebida. Al pasar de un estudiante a otro, de un campus a otro, de las

universidades de un país a otras, la variedad de etiquetas asignadas a la bebida, la variedad de significados culturales y subculturales que recibe son extraordinarios. Algunos aborrecen las borracheras, otros las ven como un placer merecido. Algunos ven la bebida como un certificado de masculinidad, otros como una ayuda para los débiles. Algunas universidades prohíben el alcohol por completo; otras patrocinan una gran variedad de pubs y clubes de bebida estudiantiles. Algunos grupos de estudiantes participan de juegos con bebidas y ritualizan el consumo; otros consideran que constituyen signos de inmadurez social o impedimentos para el éxito académico. Lo que es “desviado” en una subcultura o en un campus es normal en otro; la bebida es *simultáneamente* normal, desviada, legal e ilegal, de acuerdo con las circunstancias y la percepción. Ciertamente, es un hecho objetivo que algunas personas beben, pero, cualquiera sea la *desviación* que puede o no puede acarrear la bebida, no puede ser inherente a los actos de consumo, sino que es más bien una construcción cultural, una asignación de cambio de significado y de etiqueta.

Pero, ¿que sucede con respecto a los *problemas con la bebida*? ¿Seguro que hay algo de unanimidad en cuanto a sus peligros reales? Bueno, no. Y no sólo porque beber “en exceso”, beber tanto que se daña el cuerpo y el alma, es comúnmente etiquetado como una tradición de fraternidad, una fiesta de Super Bowl exitosa o una prerrogativa de los escritores. Más precisamente, es el tema del poder, la imposición cultural del significado de lo anterior. Incluso, si todos acordamos que beber “en exceso” constituye un problema social, aún quedaría por discutir una definición refutada. Varios expertos y organizaciones compiten por la titularidad de un problema, hay subculturas de control así como hay subculturas de la desviación, y cada una desarrolla su propia legitimidad, su propio lenguaje y sus propias etiquetas. El alcohol es un ejemplo excelente. Si, efectivamente, el exceso en el consumo de alcohol es un problema, ¿es un fracaso moral y un pecado? ¿Es una cuestión de que la práctica de “beber para emborracharse”² necesita de una regulación legal? ¿O es una enfermedad que se llama “alcoholismo”? Y si es así, ¿el control social del consumo de alcohol en exceso incluye a las autoridades del campus, a la policía, a funcionarios de Alcohólicos Anónimos o a psicoterapeutas?

Cabe destacar que cada una de estas etiquetas crea sus propias desviaciones y trayectorias desviadas. El etiquetamiento como “alcohólico” de un bebedor consecuente invoca un régimen particular de tratamiento, un conjunto particular de supuestos acerca de la enfermedad, la responsabilidad y la recaída, y, por lo tanto, un conjunto particular de las consecuencias en curso para la vida familiar y profesional. El etiquetamiento de un bebedor en exceso como un criminal invoca un conjunto muy diferente de significados para él y para la sociedad y así, establece a la persona en un curso diferente con respecto a la carrera y a la justicia criminal. Y es precisamente en este sentido que ese etiquetamiento construye la desviación: Alcohólicos Anónimos decide el significado de alcoholismo, la policía y los tribunales construyen la realidad de conducir ebrio y las autoridades del campus trabajan para dotar de sentido el fenómeno de los estudiantes que beben alcohol.

Además, como este proceso de imposición de significados continúa, la etiqueta asignada a menudo viene a significar públicamente el estatus principal de una persona y así, se convierte en la lente a través de la que se observan ahora el comportamiento pasado y futuro del individuo. Por ejemplo, ya sea justa o no la asignación de la etiqueta de “delincuente sexual” para una persona, las acciones pasadas de esa persona se examinarán de nuevo desfavorablemente y las acciones futuras ya están condenadas a una sospecha. En este sentido, el etiquetamiento no solo impone un significado sino que además lo *quita*, lo que excluye otras opciones para el estatus o la identidad. Como se discutió en el capítulo anterior, esta dinámica se ejemplifica en la “noción de ceremonias de degradación” de Garfinkel (1956) destinadas para “desculturizar” a una persona como parte de la imposición de un nuevo estatus. Atestiguar el afeitado de cabezas, la eliminación de la ropa de diario, el abuso verbal, la humillación y

² NdelT: en el original “binge drinking”, designa el consumo de alcohol, generalmente grupal y social, con la intención de emborracharse bebiendo grandes cantidades de bebidas alcohólicas en un período breve.

reglamentaciones rígidas impuestas como prisiones, las unidades de rehabilitación de drogas como Synanon, y los programas de entrenamiento de marines trabajan para construir nuevas identidades (véase Goffman, 1961).

Los valores y el deseo por la diversión

Gracias a la nueva teoría de la desviación, la teoría de la subcultura y la teoría del etiquetamiento, se construyeron algunos de los fundamentos esenciales de la criminología cultural: la idea de que la desviación y la delincuencia inevitablemente encarnan significados e identidades refutadas. La sensación de que todos los cómplices del crimen y la desviación —los tribunales, los policías, los criminales, los ciudadanos comunes y corrientes, las instituciones de los medios de comunicación— están involucrados en el trabajo cultural, mientras negocian estos significados e identidades, es decir, trabajan para asignar etiquetas, negociar un estatus simbólico y encontrar soluciones colectivas. La sensibilidad a las raíces subculturales del crimen y la desviación, y al proceso significativo por el cual los miembros de la subcultura enfrentan sus problemas comunes. Y la conciencia de que, por encima de todo, una red de valores sociales más grande acarrea junto a ellos las tensiones del éxito y el fracaso y la política de inclusión y exclusión.

Estas bases fueron establecidas por los teóricos estadounidenses; pero antes de cruzar el Atlántico para encontrar a sus homólogos en el Reino Unido, existe una importante y última contribución, una que complementa y desafía las ideas que ya hemos visto. Es la contribución de David Matza y su colaborador Gresham Sykes. Cuando en el Capítulo 6 consideremos “los métodos distintivos de la criminología cultural”, la influencia de Matza se hará evidente. Argumentaremos, al igual que lo hizo Matza, por el *naturalismo* en el estudio de la desviación y el crimen, por una metodología fiel con el fenómeno bajo escrutinio. Y destacaremos, como él lo hizo, que el estudio fiel del comportamiento humano significa tener en cuenta la subjetividad, el significado y la emoción.

Sin embargo, aquí nos centramos en las exploraciones de Matza y Sykes de la cultura, la subcultura, y el crimen. A finales de 1950 y comienzos de 1960, Matza y Sykes publicaron dos artículos innovadores sobre el crimen y la delincuencia juvenil. Argumentaron en contra de la idea ortodoxa de que la delincuencia era el resultado de una personalidad anormal, pero también cuestionaron la noción más reciente de que la delincuencia era necesariamente el producto de subculturas con desviaciones distintivas. Más precisamente, declararon que los delincuentes frecuentemente tenían una personalidad normal y que, por lo general, se adherían a los mismos valores que el resto de la población. Sostuvieron, en resumidas cuentas, que no existía un gran abismo entre los universos culturales del que cumple la ley y aquel del delincuente, entre lo normal y la “desviación”.

El primer artículo, “Técnicas de Neutralización” (Sykes y Matza, 1957), es sin duda el más conocido. En él argumentaron que los delincuentes “neutralizan” la sujeción de los valores convencionales a través de una serie de “técnicas” normativas como negar su propia responsabilidad o renegar del hecho de que sus actos causan lesiones o victimización. Tales “vocabularios de motivos” (Mills, 1940) permiten que los delincuentes potenciales dejen de lado por un momento sus convenciones y valores para aflojar temporalmente los lazos con el orden moral y así participar en la delincuencia. Por lo tanto, estas técnicas de neutralización constituyen el *trabajo cultural* necesario para cometer delitos, la creación de una narrativa que particulariza y justifica un acto delictivo específico, mientras que ciertas prohibiciones morales mayores permanecen intactas. Por ejemplo, la motivación de un delincuente para el robo probablemente no implicaría la sensación de que el robo está aceptado universalmente, pero más bien la sensación de que en situaciones particulares ciertos grupos merecen ser objeto del robo o pueden permitirse la pérdida de bienes robados. El crimen y la delincuencia, entonces,

no son sucesos aleatorios, sino relaciones negociadas y significativas entre el delincuente y la víctima.

Este principio se ha extendido fructíferamente en las explicaciones de los crímenes de cuello blanco y de los crímenes cometidos por la policía, y más recientemente, de los crímenes de guerra (Cohen, 2002b). Del mismo modo, Jayne Mooney (2007), en su estudio de la violencia doméstica, ha analizado cómo la violencia doméstica puede florecer en una sociedad “civilizada” donde se considera a la violencia física como un anatema. En respuesta, encontró situaciones particulares, “engaño conyugal” o “defensa propia”, donde la violencia masculina contra las mujeres es reconocida tanto por los hombres como por las mujeres como una respuesta posible; no es un acto tolerado, sobre todo por las mujeres, pero es un acto normativamente previsto. Del mismo modo, incluso la terrible pregunta de cómo gente “normal” puede llegar a cometer atrocidades genocidas colectivas ha sido contestada en parte a través de una comprensión de estas técnicas de neutralización (Morrison, 2004b).

Pero la explicación ofrecida por las “técnicas de neutralización” también ha llegado a ser popular en la criminología ortodoxa, ya que parece confirmar la existencia de una única cultura consensual, de respeto por la ley, a la que todos pertenecen, hasta el momento en que los delincuentes putativos u otros potenciales infractores negocian una excepción temporal. En resumen, el pensamiento indica que no hay una cultura de la desviación, ni una subcultura criminal, ni un sistema de valores alternativos; sólo un comportamiento que, en ocasiones, se desvía de la norma aceptada. De esta manera, el trabajo de Matza y Sykes es visto como un complemento útil, por ejemplo, para la teoría del control de Travis Hirschi (1969), ya que parece explicar los desprendimientos temporarios de la cultura dominante.

Sin embargo, aquellos que aplicaron las ideas de Matza y Sykes en la criminología ortodoxa no tuvieron en cuenta el segundo de sus dos artículos, “Delincuencia Juvenil y Valores Subterráneos” (1961). Aquí, Matza y Sykes admiten que su propio análisis de las técnicas de neutralización “deja sin respuesta una pregunta importante”: “¿Qué hace atractiva a la delincuencia en primer lugar?” Como respuesta, argumentan que es ... la diversión. Los delincuentes, escriben, “están profundamente inmersos en una búsqueda sin descanso de excitación, ‘emociones’ o ‘diversión’. Muchos delincuentes afirman que buscan un estilo de vida aventurero. Las actividades impregnadas de demostraciones de audacia y cargadas de peligro son muy valoradas. [...] El hecho de que una actividad implica quebrantar la ley es precisamente el hecho de que a menudo le infunde un aire de entusiasmo” (Matza y Sykes, 1961: 713). Hay que tener en cuenta que las subculturas de la desviación y los sistemas de valores alternativos, aparentemente desdeñados, ahora regresan con una venganza, con emociones y diversión y con la adrenalina de violar la ley. Todo esto, por supuesto, recuerda a *Delincuentes Juveniles* de Cohen (1955), y el disfrute de la transgresión. De la misma forma que Cohen, Willis, Pryce, y otros teóricos de la subcultura ya vistos, Matza y Sykes añaden la agresión y el desdén por el trabajo a su lista de valores de delincuentes.

Así pues, en realidad, según Matza y Sykes, existe una cultura de delincuentes viable; pero es aquí donde Matza y Sykes hacen estallar su bomba: *esto sucede no porque esta cultura se distingue de los valores dominantes, sino porque es en muchos sentidos muy parecida a ellos*. La audacia, la aventura, y el rechazo al trabajo, en su opinión, permean nuestra cultura; inclusive los valores de violencia y de agresión están desbocados. Con respecto a la sociedad en general, escriben:

exhibe un gusto generalizado por la violencia, ya que las fantasías de violencia en libros, revistas, películas y televisión están al alcance de la mano en todas partes. [...] Por otra parte, el rechazo a la violencia es sospechoso no solo porque las fantasías de violencia son de amplio consumo, sino también por la justificación del empleo real de la agresión y la violencia en la guerra, las protestas raciales, los conflictos laborales y el trato de los delincuentes mismos de parte de la policía. Hay numerosos ejemplos de la aceptación de la agresión y la violencia por parte del orden social dominante. Tal vez es más importante, sin embargo, reconocer que la idea fundamental de la agresión como prueba de dureza y masculinidad es ampliamente aceptada en muchos puntos en el sistema social. Acciones como la capacidad de soportarla y aplicarla, de defender sus derechos y su reputación por la fuerza, y de demostrar su hombría por la dureza y

el coraje físico están muy extendidas en la cultura estadounidense. (Matza y Sykes, 1961:717)

Hace casi medio siglo, Matza y Sykes estaban desarrollando un análisis que se convertiría en el centro de la criminología cultural: la comprensión de que la violencia criminal a veces puede ser condenada, pero también es ampliamente mercantilizada, consumida y celebrada. Y como vamos a mostrar a lo largo del libro, y especialmente en el Capítulo 5, esto sucede hoy en día con muchísima más frecuencia que en aquel entonces.

Matza y Sykes avanzaron aún más, al sugerir que una contradicción cultural fundamental atraviesa todas las capas sociales: un conjunto *de valores subterráneos* coexistentes, pero además contradictorios, con los valores sociales declarados u oficiales. Un ejemplo fundamental es la búsqueda de excitación, el deseo por la “diversión”. Incluso dentro de la sociedad en general, algunas situaciones institucionalizadas permiten que florezcan esos valores subterráneos: celebraciones organizadas, vacaciones, carnavales, festivales y deportes, donde esos valores triunfan provisionalmente sobre aquellos del día a día (Presdee, 2000). En este sentido, Matza y Sykes sostienen: “este deseo por la diversión no es un valor de desviación, en cualquier sentido pleno, sino que debe dejarse en suspenso hasta que llegue el momento y las circunstancias adecuadas para su expresión” (1961: 716). Entonces, normalmente, estos valores se mantienen en equilibrio con los valores formales, contenidos de esta forma y con un permiso para expresarse en el tiempo libre. Para muchos, estos valores sólo se entrometen ocasionalmente en el zumbido silencioso de la vida cotidiana, lo que ofrece pequeños momentos de alivio de ese ruido. Sin embargo, otros individuos y grupos acentúan en exceso estos valores, desprecian las normas cotidianas de la sociedad oficial y así, se “desvían” al romper el equilibrio que contiene la contradicción.

Sin embargo, hoy, a cincuenta años de los trabajos de Matza y Sykes, el equilibrio está cambiando, o tal vez la contradicción se hace cada vez más manifiesta y menos contenedora. La modernidad tardía —con sus trayectorias hacia el trabajo precario, la inmediatez, el hedonismo a corto plazo, las economías nocturnas, y la agresión mediada— empuja la lujuria de diversión subterránea aún más hacia la superficie. Es necesario considerar, como veremos más detenidamente en capítulos posteriores, la estrecha simbiosis entre las frustraciones de las personas en la parte baja de la estructura social y las narrativas agresivas de los medios de comunicación. Por ejemplo, en su etnografía brillante del ghetto de Filadelfia, Carl Nightingale sostiene que:

Si la cantidad de violencia en películas y programas de televisión han contribuido al reciente aumento de homicidios [...] es incierto, pero algunos de los códigos éticos de la agresión en la zona claramente han dependido de la cultura dominante de la violencia para lograr legitimidad [...] los esfuerzos de los niños para compensar la humillación y la frustración le deben algo de sus cualidades agresivas a la identificación con los héroes y los valores de la cultura estadounidense dominante de violencia. (1993: 168)

Como veremos en capítulos posteriores, no se trata sólo de los niños en el ghetto de Nightingale que hoy sobrescriben sus vidas en términos de patadas y violencia, sino también de soldados y estudiantes, policías y periodistas.

CUADRO: Valores subterráneos

He aquí una lista tentativa de algunos valores subterráneos. Actualmente, tal vez sea una lista de los valores ascendentes culturales bajo la modernidad tardía (véase Young, 1971).

Valores del trabajo formal	Valores subterráneos
Gratificación diferida Planificación de la acción futura Conformidad con las reglas burocráticas Fatalismo: alto control sobre el detalle, y poco control sobre la dirección	Hedonismo a corto plazo Espontaneidad Egoexpresividad Autonomía: control de la dirección y el detalle del comportamiento
Rutina, previsibilidad Actitudes instrumentales para trabajar	Experiencia nueva, entusiasmo Actividades realizadas como un fin en sí
El trabajo duro productivo se considera una virtud Prevención de la violencia: la violencia no es apropiada para resolver un problema	Desprecio por el trabajo Admiración de la violencia: la violencia es eficaz para resolver problemas

La transición a la modernidad tardía: la teoría de la subcultura británica

Las perspectivas subculturales, que tuvieron su origen en la Inglaterra victoriana, florecieron con el surgimiento de la nueva teoría de desviación en los Estados Unidos de las décadas de los años cincuenta y sesenta. Durante las siguientes décadas, el desarrollo de la teoría de la subcultura continuó en Gran Bretaña y específicamente en el trabajo de dos grupos británicos: la *National Deviancy Conference* (NDC), una organización de criminólogos radicales inaugurada en la Universidad de York en 1968 y el *Centre for Contemporary Cultural Studies* (CCCS) de la Universidad de Birmingham, ampliamente conocido por sus trabajos sobre subculturas juveniles y su papel en el desarrollo de los estudios culturales en general. El momento de este cambio hacia Gran Bretaña fue el resultado del desarrollo posterior en Europa de una sociedad de consumo afluente y de la transición más general de todas las sociedades industriales occidentales hacia la modernidad tardía.

Como indicamos en la introducción de este capítulo, una “Edad de Oro” (Hobsbawm, 1994), de crecimiento económico general, prosperidad y estabilidad social había surgido en las sociedades industriales occidentales tras la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, los años que siguieron vieron una amplia reestructuración del trabajo y un aumento del desempleo, un crecimiento de la incertidumbre y la inseguridad, un aumento de rupturas matrimoniales, una disminución de la comunidad y un remate al por mayor de los valores. Si bien el advenimiento de la Edad de Oro había variado, mientras los Estados Unidos prosperaba, las sociedades del Reino Unido y Europa continuaban sufriendo las consecuencias de la guerra, el momento de esta transferencia fue más bien compartido. Desde finales de la década de los años sesenta en adelante, en los EE. UU., Gran Bretaña, Francia y otros países, estaba en curso tanto una revolución cultural como una reestructuración económica fundamental. Estos cambios

transformaron el orden social del mundo desarrollado, el cambio tectónico en la modernidad tardía había comenzado (véase Young, 1999). Fue en la cúspide de este cambio, que se produjo una explosión extraordinaria de creatividad, esta vez en el lado británico del Atlántico.

Durante sus casi diez años de existencia, la NDC se convirtió no sólo en un sitio importante de este tumulto intelectual, sino también en la fuente de una explosión intelectual que reformaría la sociología y la criminología, para luego establecer las bases de lo que posteriormente se convertiría en la criminología cultural (véase Cohen, 1981; Young, 1998). Por ejemplo, en sus primeros cinco años, en la NDC se presentaron los trabajos de sesenta y tres investigadores británicos, que comenzaron a producir poco menos de un centenar de libros sobre el crimen, la desviación y el control social. Además, no solo se trataban el crimen y la desviación, otros profesionales desarrollaron los primeros trabajos en los estudios de género (Mary Macintosh y Ken Plummer). También se da a conocer el primero de los estudios de los que luego serían conocidos como “estudios culturales” (Dick Hebdige, Mike Featherstone, Stuart Hall y Pablo Willis). Curiosamente, la base de este trabajo y del interés extendido que generó fue el desarrollo temprano de los temas “postmodernos”. Como dijo Stan Cohen, unos treinta años más tarde: “Después de mediados de la década de los años sesenta, mucho antes de que Foucault lograra que estos sujetos fueran intelectualmente respetables y muy lejos de la orilla izquierda, nuestra pequeña esquina de las ciencias humanas quedó atrapada por un impulso deconstruccionista” (1988: 101). De hecho, la llegada en 1977 del trabajo *Vigilar y castigar* de Foucault traducido al inglés era apenas una revelación; sus temas y conceptos ya se habían tratado en el seno del NDC.

De hecho, el NDC adoptó una postura completamente deconstruccionista y antiesencialista, evocando una variedad de voces y puntos de vista, y optó por desentrañar la construcción social del género, la inclinación sexual, el crimen, el suicidio, las drogas y el estado mental. Logró invertir jerarquías y observó la cultura principal desde la perspectiva de los descastados como *mods*, *rockers*, *teddy boys*, *hippies* y *skinheads*. Al demarcar el *bricolage* cultural mediante el cual se constituyeron estas nuevas culturas juveniles “espectaculares”, se centró en sus representaciones de los medios, en la manera en la que los medios de comunicación creaban sus estereotipos de ellos y en la forma en que los demás le daban a la realidad social. Fundamentalmente, era una crítica de la intervención estatal, del positivismo y del clasicismo; las metanarrativas dobles del progreso modernista, la ingeniería social y el imperio de la ley eran objeto a críticas continuas. El positivismo fue quizás el principal enemigo. Según el NDC, drenaba la creatividad y el significado de la acción desviada, erigiendo un consenso normativo del imaginario contra el cual juzgar y condenar a los descastados. Su metodología elevaba a los presuntos expertos al papel de “científicos” que descubrían las “leyes” de la acción social y su política, ya sea en hospitales psiquiátricos, agencias de trabajo social o clínicas de drogas, mistificaba la acción humana, mientras que rehacía los seres humanos en sus propias y estrechas imágenes.

El imperio de la ley también fue objeto de un minucioso escrutinio. El NDC vio el sistema de justicia criminal como selectivo e ineficaz, vio que mientras el crimen se producía de forma endémica, el sistema de justicia se centró en la clase obrera y en los jóvenes, haciendo caso omiso de los crímenes de los poderosos y tolerando la desviación de la clase media. Y al final de este proceso de justicia, la prisión: embrutecedora, acusante y, en última instancia, contraproducente; de hecho dos de las más furiosas acusaciones para el sistema penitenciario, *Supervivencia psicológica* (Cohen y Taylor, 1976) y *Los reclusos y la revolución* (Fitzgerald, 1977), toman este punto de vista como punto de partida. Además, el NDC se dio cuenta de que las reacciones sociales al crimen contraproducentes e irracionales no se limitaban a las instituciones del Estado. También circulan entre la sociedad civil, con los medios de comunicación señalando a los grupos de desviación, creando demonios populares y engendrando pánicos morales (véase Young, 1971; Cohen, 1972).

Como hemos visto, este impulso deconstruccionista y crítico había comenzado en los Estados Unidos, alrededor de la obra de los teóricos del etiquetamiento. Es teóricamente

revolucionario en su discurso (el control social genera la desviación, en lugar de pensar que la desviación necesita al control social), relativista en su análisis (la desviación no es inherente, sino de interacción), y anárquico en su inversión de ortodoxias, ya que desestima la sabiduría recibida del positivismo y celebra la diversidad humana. En resumen, fue tremendamente *atractivo* para los jóvenes y radicales durante esta época de cambios sociales fundamentales, tanto en Gran Bretaña como en otros lugares.

Al mismo tiempo que esta literatura radicalmente deconstruccionista se importaba a Gran Bretaña, llegaba un segundo y aún más silenciado capítulo de la nueva teoría estadounidense de la desviación: la teoría de la subcultura, en particular el trabajo sobre las pandillas y la delincuencia (Cohen, 1955; Cloward y Ohlin, 1960) y los estudios de las subculturas carcelarias (Clemner, 1940; Sykes, 1958). Los sociólogos de la Escuela de Economía de Londres se convirtieron en el principal conducto intelectual de esta teoría, a partir del trabajo de Herman Mannheim, *Delincuencia juvenil en un pueblito inglés* (1948), pasando por *El Área Penal* de Terence Morris (1957) y *Pentonville* de Terence y Pauline Morris (1963), y culminando con el influyente *La solución del delincuente* de David Downes (1966). A partir de esta tradición, también surgió la tesis de doctorado de Stan Cohen (1972) sobre *mods y rocker*, y los estudios relacionados: el trabajo de Jock Young sobre consumidores de drogas (1971), por ejemplo, y la investigación de Mike Brake (1980) sobre la cultura juvenil (véase Hobbs, 2007).

La síntesis británica

En los debates y las presentaciones que animó a la NDC, las teorías subculturales y del etiquetamiento estadounidenses se transformaron, principalmente a través de una síntesis de los dos. Esta síntesis se vio facilitada por la lógica de sus dos focos: la teoría del etiquetamiento se centró en las construcciones hacia abajo (la *reacción* frente a la desviación) y la teoría subcultural en las construcciones hacia arriba (respuestas y *acciones* desviadas). Además, el tono a veces rígido de la teoría de la subcultura de los Estados Unidos recibió un ingrediente, una energía y una sensación de creatividad cultural, las reacciones de arriba hacia abajo con respecto a la desviación se invirtieron también con esta sensibilidad. Los actos desviados y transgresivos recibieron a su vez una valoración más positiva. Con o sin razón, la desviación fue un signo de resistencia, un esfuerzo de superación, un gesto creativo; no era predominantemente un lugar para el fracaso o la adaptación a regañadientes. La sociología de la desviación de los Estados Unidos se convirtió en la sociología británica de la trasgresión.

Esta síntesis, y estos aspectos de la energía y la resistencia, se adaptaron y se combinaron con la teoría de la desviación británica emergente. En una sociedad británica más en sintonía con las relaciones de clases que la sociedad estadounidense, y durante un periodo paralizada y fascinada por la aparición de culturas juveniles dinámicas y entusiastas, las clases y los jóvenes emergieron como las principales áreas de investigación y escritura (por desgracia, el género y la etnia vendrían más adelante). Al obtener una síntesis de la teoría del etiquetamiento y la teoría de la subcultura para influir en estas cuestiones, los estudiosos británicos podrían complementar el análisis innovador de la reacción e interacción de la teoría del etiquetamiento con la concentración de la teoría de la subcultura con respecto a la dinámica del comportamiento de desviación. En sintonía con la energía y la emoción cultural, estas teorías pueden, a su vez, agregar un sentido de creatividad transgresora a los entendimientos de la formulación de la teoría de la subcultura en cuanto al comportamiento de desviación.

La tarea de la teorización británica, entonces, era triple: lidiar con las características tanto de la acción como de la reacción, conceptualizar los actores humanos que no eran ni caprichosamente libres de voluntad, ni impasiblemente sobredeterminados y encontrar una acción significativa en el contexto de las pequeñas situaciones a escala, así como en los marcos sociales más amplios. En cuanto al análisis de estos marcos sociales más grandes, el NDC estimó que tanto la teoría del etiquetamiento como la teoría de la subcultura podrían complementarse de manera funcional. En particular, la teoría del etiquetamiento tocaba de forma muy fructífera la interacción inmediata entre el actor y el proceso de etiquetamiento, pero ofrecía poco en cuanto a una teoría de la sociedad en su totalidad, tan solo un agudo sentido de empresarios morales y sus empresas (Becker, 1963). La teoría de la subcultura entendía cabalmente la contradicción entre la estructura y la cultura en la sociedad, pero, al igual que la teoría del etiquetamiento, no teorizaba abiertamente sobre la dinámica de la sociedad en su conjunto (véase Taylor, 1971: 148).

El intento de alcanzar estos suplementos y estas síntesis dio forma a un texto clave en este período: *La nueva criminología* de Ian Taylor, Paul Walton y Jock Young (1973). Este texto propone un marco explicativo que serviría para crear “una teoría totalmente social de la desviación”. A partir de la famosa exhortación de C. Wright Mills en *La imaginación sociológica* (1959), que indica que debemos situar la biografía humana en la historia y la estructura, y así cerrar la brecha entre la vida interior de los actores y la dinámica externa del marco histórico y social, el libro investigaba los orígenes más amplios del acto de desviación dentro de la estructura de la sociedad en su totalidad. Sin embargo, también trató de entender los orígenes inmediatos de la desviación en la psicodinámica de las subculturas mientras los miembros enfrentaban problemas percibidos. Además, el libro intentó elaborar este análisis de forma simétrica, para explicar de manera ecuánime la reacción social contra la desviación y la subcultura de la

desviación en sí. Este esfuerzo en la teoría holística está presente también en *Los Consumidores de Drogas* (Young, 1971), *Criminalizandola Crisis* (Hall et al., 1978) y *La Sociología de la Cultura Joven* (Brake, 1980).

Una influencia definitiva en el desarrollo británico de la teoría de la cultura y la subcultura fue la obra de los historiadores socialistas, en especial el caso del *Centre for Contemporary Cultural Studies* bajo la dirección de Stuart Hall. Con la influencia de los historiadores socialistas como Edward Thompson, Eric Hobsbawm, Sheila Rowbotham, Christopher Hill y Stuart Cosgrove, las subculturas se conceptualizaron como lugares para la imaginación y la creatividad en lugar de lo monótono y el determinismo, los sitios de la resistencia en lugar de retraimiento. El mundo del ocio surgió junto con el mundo de la escuela y el trabajo como un campo digno de estudio, y en todos estos mundos, el significado humano triunfaba por sobre el malfuncionamiento mecánico (véase Cohen, 1980; Downes y Rock, [1988] 2007). Aquí es fundamental entender la noción de “*escritura desde abajo*”, de la historia escrita desde “las experiencias materiales de la gente común en lugar de desde arriba, en las cámaras de comité de altos cargos” (Pearson, 1978: 119); el objetivo, para citar el título del libro de Sheila Rowbotham (1973), es revelar lo que está “oculto de la historia”. Como mostrará el Capítulo 6, este *ethos* de la escritura desde abajo, de la escritura desde las calles y callejones, se mantiene muy vivo en la criminología cultural.

CUADRO: El *Centre for Contemporary Cultural Studies*

El *Centre for Contemporary Cultural Studies* (CCCS) fue una potencia en la sociología contemporánea. El CCCS era interdisciplinario *par excellence*, iconoclasta e inmensamente innovador. La lista de expertos que trabajó en el Centro es en sí impresionante: Stuart Hall, Hebdige Dick, Paul Willis, McRobbie Angie, Tony Jefferson, Chas Critchener, John Clarke, Paul Gilroy y Dave Morley, entre otros. Estos estudiosos reconstituyeron los estudios culturales, le dieron nueva forma a las sociologías de la educación, de la identidad, de la etnia, de la cultura juvenil y de los medios de comunicación, y, por supuesto, reinventaron la sociología de la desviación. Al hacerlo, cruzaron las fronteras disciplinarias que separan a la sociología, los estudios literarios y la historia social; acogieron los nuevos trabajos estadounidenses en la sociología de la desviación y en la teoría de la subcultura y evocaron una serie de autores desde Raymond Williams a Edward Thompson, de Althusser de Gramsci y de Barthes a Lévi-Strauss. De Raymond Williams aprendieron a tomar en serio la creatividad de la cultura popular y a entender la cultura como la suma total de la identidad de las personas. De Edward Thompson adoptaron la idea de escribir la historia desde abajo. A partir de ambos autores vieron a la subcultura como un texto para ser leído, mientras aprendían a tratar las prácticas vividas y los materiales simbólicos como la materia misma de la creatividad humana, y para ver arte en lo cotidiano (véase Willis, 2000). Su mirada era de enfoque amplio, que despreciaba la óptica estrecha de la criminología ortodoxa. En este sentido, en el punto en que influyeron en la criminología, fue porque el crimen y la desviación se cruzaron en su periodo de atención, no por ninguna afiliación disciplinaria.

Esta escritura desde abajo ofrecía otra ventaja fundamental: al prestar especial atención a las actividades y a las aspiraciones de las personas de bajos estratos, los historiadores sociales y feministas podrían descubrir también la dinámica de la sociedad en su totalidad. Y así, aparecía para los teóricos de la subcultura británicos, una visión similar: las subculturas podían “leerse” como textos, textos que revelaban la naturaleza del poder y de la desigualdad, así la cultura popular podía ser más relevante y reveladora que la alta cultura. De esa manera, la descripción de Phil Cohen (1972) de los *skinheads* expone la dinámica de la dislocación urbana, de la descualificación de la clase trabajadora y de la destrucción de la comunidad. El análisis de las formas cambiantes de la cultura juvenil de John Clarke y sus colegas (1976) nos guía hacia procesos más amplios de aburguesamiento, cultura de masas y prosperidad. Como hemos visto antes, el estudio atento de Paul Willis (1977) de los muchachos de la clase obrera, su intransigencia y sus inclinaciones sangrientas, se convierte también en un estudio de la resistencia pírrica al trabajo asalariado y la subordinación.

Pero no fue sólo una acción desviada a la que se le dio mayor significado dentro de este análisis más holístico, así también fue el estudio de la reacción contra la desviación. De forma paralela y precisa, la teoría del etiquetamiento volvió a analizarse y a replantearse como la teoría del pánico moral. Puesto que si la teoría de la subcultura interpreta la irracionalidad aparente de la delincuencia, la teoría de pánico moral ofrece la posibilidad de *interpretar* reacciones aparentemente irracionales y mal concebidas frente a las desviaciones por parte de las autoridades y la opinión pública. Así como el vandalismo del delincuente aparece en un nivel superficial como negativista e improductivo, aún así se convierte en algo significativo y comprensible en su contexto social más amplio; por lo tanto, el pánico moral con respecto al crimen, aunque es desproporcionado, equivocado y contraproducente, se hace entendible y “razonable” cuando se considera el contexto de los conflictos sociales existentes. Por supuesto, nada de esto indica que las respuestas subculturales son siempre defendibles, o que los pánicos morales se justifican en última instancia. Más bien se debe al estrés, una vez más, que tanto la acción desviada como la reacción en contra constituyen un comportamiento humano *significativo*, acuciado como todo comportamiento humano por el error y la mala interpretación, pero casi nunca sin sentido o sin implicación.

La teoría del pánico moral

Corre 1964. *Es un día frío y húmedo de Pascuas en una playa inglesa en la pequeña localidad costera de Clacton. Dos grupos de jóvenes comienzan una disputa: los mods, con sus elegantes trajes y sus scooters, y los roqueros, montados sobre motocicletas, al estilo de los motociclistas estadounidenses. Se escucha el rugido de las motos y scooters en la línea de batalla, algunas ventanas terminan rotas, algunas casetas de playa acaban en ruinas. No se genera un gran disturbio en la playa —las imágenes de televisión lo confirman— pero se siente una alteración extraordinaria entre los miembros del público y los medios de comunicación, con comentarios cargados de ira y una amplia cobertura. El periódico The Daily Express lo relata: “Mientras papá dormitaba en la reposer y mamá hacía castillitos de arena en la playa” —uno se los imagina relajados, felices bajo el sol—, y de repente hacen su aparición “los salvajes” que “destruyen la ciudad” y “convierten el día en pesadilla”. A dos años de este episodio, se registraban informes similares de otras ciudades costeras: Las bandas de mods y rockers 'de Londres', “invaden” constantemente y provocan el caos, demuestran su arrogancia y su riqueza recién descubierta, insultan a las personas decentes; como los describe una frase memorable, son “césares de aserrín” inflados con su propia cobardía y agresión.*

Fue este mundo —el mundo de *mods* y *roqueros*, de madres y padres, y de medios de comunicación— el que eligió Stan Cohen para llevar a cabo una investigación memorable en su publicación *Folk Devils and Moral Panics* (1972, 3.^a edición, 2002a). De este brillante análisis, se desarrolló la teoría del pánico moral. Ciertamente, la teoría del pánico moral (uno de los modelos más influyentes del crimen, la desviación y los medios de comunicación —hoy en día, un modelo esencial para los criminólogos culturales y otros—) por lo general es, no obstante, erróneamente descrita y mal interpretada.

Comúnmente, el “pánico moral” se entiende como un error colectivo de comprensión. Desde este punto de vista, se produce un hecho con pocas consecuencias (por razones que no son importantes), pero los medios de comunicación erróneamente lo informan y lo exageran, de forma tal que los involucrados en el hecho se convierten en “demonios populares” por los que el público en general siente un “pánico moral” injustificado. Sin embargo, este modelo sencillo y lineal de los medios de comunicación que imparten un pánico innecesario al público apenas capta la complejidad —y la importancia— del “pánico moral”. Falta el sentido de la energía creativa y la intensidad colectiva que animan los hechos; falta también un sentido de lazos representativos y espirales por los que emerge el pánico moral como un *esfuerzo colectivo*, un esfuerzo en el que los jóvenes, los medios de comunicación, los “empresarios morales”, los agentes del control y el público son cómplices en la acción.

En realidad, deben abordarse las tres dimensiones del pánico moral para que la teoría sea exitosa al desentrañar la relación entre el crimen, la desviación, los medios de comunicación y la percepción pública:

1 Simetría. Tanto la subcultura como el pánico moral —es decir, tanto la acción como la reacción— deben ser exploradas simétricamente. Tanto la subcultura como el pánico moral deben ser leídos como narraciones en las que los actores tratan de resolver los problemas que enfrentan. En este sentido, puede interpretarse que tanto los considerados como “demonios populares” como los que sienten pánico moral ante ellos exhiben una creatividad cultural. Los pánicos morales nos dicen algo importante sobre aquellos que sienten pánico; los pánicos morales no son meras percepciones erróneas implantadas por los medios de comunicación masiva o por los organismos de control. Otro factor que agrega mayor complejidad al asunto es el hecho de que no hay un solo pánico unitario, un simple texto único para que lea el investigador; los diferentes públicos desarrollan textos diferentes y, al hacerlo, revelan muchos aspectos sobre sí mismos y sus circunstancias culturales específicas.

2 Energía. Un pulso de energía se inmiscuye en cada etapa. Los muchachos en las playas son impulsados por la creatividad y la exuberancia de su propia subcultura. Ellos se emocionan ante su propia transgresión, ante la reacción que genera y la atención que recibe; en la descripción evocativa de Dick Hebdige (1988: 8), “las espectaculares culturas juveniles convierten el hecho de estar bajo vigilancia en el placer de ser observado”. Las madres y los padres y el público que observa las disputas tampoco son espectadores pasivos, sino que son personas moralmente indignadas que animan a la policía cuando arresta a los matones (Cohen, 2002a: 134), satisfechos de que la policía y los jueces reafirman los límites de la decencia y el decoro. Ellos, y aquellos que más tarde encuentran versiones mediadas de estos acontecimientos, no son meros destinatarios manipulados de los mensajes de los medios de comunicación; ellos *quieren* esos mensajes, leen el periódico y encienden el televisor con un anticipado agrado. Los medios de comunicación, mientras tanto, han descubierto que agitar al público es un mercado disponible; han institucionalizado la indignación moral con entusiasmo farisaico (véase Cohen y Young, 1973).

De esta manera, como veremos en capítulos posteriores, la teoría del pánico moral se anticipa a la fenomenología de la transgresión y la venganza descritas en la publicación de Jack Katz *Seductions of Crime* (1988), y la criminología cultural en general. Aquí, la teoría del pánico moral también expone la tensión exquisita y energética entre la fantasía y lo visceral. Las culturas juveniles, como los *mods* y los *roqueros* en el pasado, o los *goth* *punks* o los *gutter punks* ahora, sin duda albergan la fantasía; se identifican con los de otros tiempos y lugares, subvierten las líneas convencionales de la raza o el género, evocan la música que atraviesan las fronteras y los estilos bricolage de vestimenta, conducta y dialecto. Incluso, mágicamente replican productos básicos banales y les otorgan un significado subversivo. Una vez más, Dick Hebdige:

se puede decir que los *mods* funcionan como *bricoleurs* cuando se apropiaron... de productos le otorgan un sentido simbólico que sirve para borrar o subvierten sus significados originales directos. Así, las pastillas prescritas por un médico para el tratamiento de las neurosis se utilizaban para un fin propio, y la *scooter*, originalmente un medio de transporte muy respetable, se convirtió en un símbolo amenazador de solidaridad de grupo. ... Más sutilmente, la insignia convencional del mundo de los negocios —el traje y la corbata, el pelo corto, etc.,— fueron despojados de sus connotaciones originales: la eficiencia, la ambición, el cumplimiento con la autoridad. En cambio, se transformó en fetiches “vacíos”, objetos de deseo, indulgencias y objetos con valor propio. (1979: 104-5)

Sin embargo, con estas transformaciones, comienza la fantasía hasta el borde de la transgresión. Y aún más subversivo es el intento por parte de ciertas subculturas de desequilibrar la *ecuación moral*, el equilibrio normativo entre el trabajo y el ocio. Los *mods*, como describe Stan Cohen, “hicieron un intento calculado para vivir en ocio” (2002a: 158), para vivir una vida de emoción y elegancia que le escape al mundo del trabajo. Así, el mozo de hotel que se convirtió en héroe en la película *Quadrophenia* (1979, dir. Franc Roddam), un relato ficcional que retrata la experiencia del *mod*, crea un rol lleno de *glamour* por la noche, conectado con “la alquimia de la velocidad”, a pesar de tener un rol servil durante el día. La existencia de expresión de la subcultura constituye un *logro colectivo*, aunque precario, siempre en peligro de agotamiento por las exigencias de la legislación penal o de la economía material.

Pero volvamos a los que entran en pánico, en este caso la energía también se gasta. Escuchando sus comentarios, como lo hizo Stan Cohen, percibimos una letanía de venganza: piden el castigo corporal o el trabajo forzoso, exigen los controles estatales y los centros de detención. Este tipo de reacciones viscerales, cargadas de energía emocional, son una característica clave de los que presentan pánicos morales; Young (1971) encontró una respuesta muy similar a los hippies y los consumidores de drogas, donde había un rechazo general por parte de oficiales de policía y de miembros del público, dado que les representan la deshonor y la corrupción. El texto sobre el pánico es, por tanto, una transposición del miedo; el mismo exceso desproporcionado del lenguaje, el veneno del estereotipo, que significa algo más que un simple reportaje en

marcha, como, en el muy citado *News of the World* (1969), se cuenta la historia de una casa ocupada de hippies en Londres:

Parejas consumiendo drogas y haciendo el amor a la vista de otros, una turba armada con barras de hierro, la suciedad y el hedor, lenguaje obsceno; esa es la escena dentro de la fortaleza de los hippies de Piccadilly en Londres. Estos no son rumores, sino hechos, hechos sórdidos que impactarán a la gente común que vive dignamente. El consumo de drogas y la miseria, el sexo...

Si lo desea, saboree la mezcla de fascinación y repulsión, de atracción y condena, ya que el texto mezcla fragmentos de la verdad con dosis de indignación sensacionalista (véase Young, 1971; Brake, 1985; Cohen, 1997). Y considere lo siguiente: hoy en día, ¿en torno a qué tipo de grupo se podría desarrollar una información sensacionalista y generar similares percepciones de pánico? ¿En torno a inmigrantes? ¿En torno a terroristas? ¿En torno a las pintadas de graffiti? ¿En torno a las pandillas?

3 El problema real y el significado real. Cohen hace hincapié en una dimensión clave del análisis del pánico moral, que nosotros también destacaremos: el pánico moral no es simplemente una ilusión o una percepción errónea, sino que significa que, en algún lugar más allá de la exageración, existe una cuestión importante. En el caso del estudio de Cohen, la espontaneidad hedonista de las nuevas culturas juveniles *de hecho* representaba una amenaza para los estándares normativos de la generación anterior:

Los *mods* y *rockers* simbolizaban algo mucho más importante que lo que en realidad hicieron. Alcanzaron los delicados y ambivalentes nervios que se formaron luego del cambio social de la posguerra en Gran Bretaña. ... El resentimiento y los celos se dirigieron fácilmente contra los jóvenes, aunque sólo sea por su creciente poder de gasto y su libertad sexual. Cuando esto se combina con una burla demasiado abierta hacia la ética del trabajo y del ocio, con la violencia, el vandalismo y el consumo de drogas, se estaba destruyendo algo más importante que la imagen de unas vacaciones apacibles en el mar. (2002a: 161-2)

Por lo tanto, cuando se presenta el pánico moral, a menudo, implica un desplazamiento de otro temor, o una mistificación de una amenaza más profunda. Sin embargo, se trata de pánico colectivo, y si “leemos” con cuidado, podemos aprender mucho sobre la dinámica cultural del miedo y las crisis estructurales que lo sustentan. Además, puede revelar el grado en que tales crisis profundas operan en el nivel de significado, el símbolo y la emoción. Después de todo, la violencia y el vandalismo de los *mods* y los *rockers* habrían importado poco, pero se convirtieron en símbolo de un ataque a los valores dominantes, como Cohen revela cuando dice: “Cualquiera fuera el 'diablo' en las localidades costeras, no estaba en el vandalismo” (2002a: 114).

De hecho, si uno revisa los tres estudios originales de los pánicos morales —el estudio de Cohen sobre los *mods* y los *rockers*, el estudio de Young sobre el cannabis y los hippies en *The Drugtakers* (1971) y el estudio colectivo sobre la “ola” de robos callejeros en *Policing the Crisis* (Hall et al., 1978)— se puede percibir que todos revelan cambios estructurales y culturales de importancia en las sociedades industriales avanzadas, como si fuera un reflejo a través del prisma de la juventud. Si avanzamos hasta la modernidad tardía, los reajustes sísmicos estaban en marcha, entre ellos, el principal paso de una sociedad caracterizada por la disciplina del trabajo y la gratificación diferida a una que le daba tanta importancia al trabajo como al ocio: el compromiso del trabajo, pero también un énfasis en el consumo y el goce inmediato. Como de costumbre, las culturas juveniles previeron estos cambios y, por lo tanto se hizo eco del pánico moral con respecto a los *mods* y los *rockers*, los hippies, los manifestantes contra la guerra y los niños pertenecientes a minorías. En capítulos posteriores se describirá cómo el pánico con respecto a los inmigrantes, los terroristas o las pintadas de graffiti hacen eco de forma similar en la actualidad.

Hacia una criminología cultural

La criminología cultural hoy en día se conoce, entre otras cosas, por su carácter transnacional; sus teorías y sus teóricos periódicamente atraviesan en crisis el Atlántico en el proceso de investigación, análisis, y colaboración intelectual. Como debe ser obvio a estas alturas, esto no es casual. El trabajo combinado de estudiosos británicos y estadounidenses durante la segunda mitad del siglo XX en muchos aspectos estableció lo que la criminología cultural iba a convertirse. Su trabajo demostró que las dinámicas subculturales, la representación mediada y la percepción colectiva son fundamentales para la construcción del crimen y la desviación. Se encontraron las raíces de determinados crímenes y subculturas en las grandes contradicciones culturales y los patrones de cambios sociales y, a su vez, quedó demostrado el papel de los medios en el enmascaramiento y la reconstrucción de estas relaciones. En última instancia, su trabajo afirma que lo más importante de las cuestiones —la exclusión y la inclusión, el crimen y el control, la identidad humana por sí sola— no puede entenderse al margen de las cuestiones de la emoción, el significado y el poder.

A pesar de que el mundo se ha sumergido más en la modernidad tardía —y como la criminología cultural se ha convertido en una criminología distinta de la condición más moderna— este proceso intelectual no se ha detenido. A fin de perfeccionar los análisis ya desarrollados, los teóricos y los investigadores los han refinado aún más, mediante la exploración de las constantes tensiones y contradicciones.

Tomemos, por ejemplo, la tensión entre la afirmación de la creatividad cultural de las personas desviadas y los criminales, y por otra parte el reconocimiento de la personalidad autodestructiva y claustrofóbica de algunos comportamientos criminales y desviados. Esto fue, por supuesto, una tensión que Albert Cohen enfrenta con sus muchachos delincuentes, y que la criminología cultural contemporánea sigue enfrentando. Una forma de explorar esta tensión ha sido sugerida por la teoría del etiquetamiento y su noción de dinámica social de autorealización. Condenar a una persona por el consumo de drogas puede bloquear vías legítimas de trabajo o educación, influir negativamente en la autoestima de la persona y así predisponer a esa persona al consumo constante de drogas. Del mismo modo, toda una vida de maltrato en la cárcel bien puede formar presos que parecen ser no mucho más que... brutos. La investigación muestra, por ejemplo, que el uso intensivo de confinamiento solitario y celdas disciplinarias tiende a representar un método disciplinario capcioso, con los presos que están discapacitados debido al aislamiento por un largo período, que actúa de tal manera que invoca más castigo y aislamiento (Grassian y Friedman, 1986).

Este sentido de la alienación progresiva de la sociedad, este aumento desenfrenado de la *reacción* y la desviación sociales también ha sido codificado en el concepto de la teoría de amplificación de la desviación, un concepto particularmente asociado con el trabajo de la NDC (por ejemplo, Young, 1971; Cohen, 1972; Ditton, 1979). Aquí, las espirales de rechazo social no son sólo interpersonales sino mediadas, mientras que las imágenes de los medios de comunicación, la opinión de expertos y el funcionamiento del sistema de justicia penal se confabulan para crear los “demonios populares” que se imaginan. Como se muestra en los capítulos siguientes, esta espiral amplificada opera con más fuerza hoy en día, y criminólogos culturales siguen explorándola y determinando las formas en que la imagen se entrelaza con la acción.

Otro aspecto significativo de esta tensión entre la creatividad cultural y la deshumanización implica, irónicamente, la capacidad de los individuos y los grupos para crear prácticas culturales que niegan su propia creatividad y la acción humana, que actúa como *si* la acción humana se limitara a desplegar el destino. Al principio en este capítulo, citamos a Paul Willis en su *Learning to Labour* (1977), y su descubrimiento de que los muchachos de la clase trabajadora se revelan contra las normas de clase de la escuela media mediante la creación de rituales de resistencia y desobediencia. Pero ese no es el final de su historia, como lo sugiere el subtítulo del libro: *cómo los niños de clase trabajadora obtienen empleos de clase trabajadora*. Como muestra Willis, los muchachos de la clase obrera muy pronto comienzan a darse cuenta de que la escuela ofrece escasas posibilidades de crecimiento, y que su intento de tener “éxito” en el rubro educativo de la escuela es, en gran parte, una farsa. Sin embargo, la subcultura que

generan como respuesta —con un énfasis en lo físico y lo masculino, un rechazo por el progreso intelectual y un creciente sentido de la solidaridad en desmedro de la movilidad social— sólo contribuye en la *preparación* de los muchachos para una vida de trabajo arduo y manual. Su penetración en la farsa de una estructura de clase abierta es una victoria pírrica, que ayuda a asegurar la inmovilidad social que perciben. Este conmovedor análisis sutil de la tensión entre la creatividad subcultural y el atrapamiento social sigue siendo una gran influencia. Forma el trasfondo teórico, por ejemplo, para Philippe Bourgois y su *In Search of Respect* (1995) y es un motivo importante para Jay McLeod y su *Ain't No Making It* (1995).

Una segunda tensión es igualmente importante y, a medida que seguimos explorándola, nos acercamos cada vez más a los reinos contemporáneos de modernidad tardía y la criminología cultural. Para los teóricos británicos, como se recordará, una subcultura constituye “un texto para ser leído” por su significado; era un texto, una historia, en el que una subcultura intentaba encontrar una solución significativa a un problema compartido. Por ejemplo, se veía a los *skinheads* al Este de Londres de los años 1970 y 1980 como una respuesta a la notable disminución del trabajo tradicional, el comienzo del aburguesamiento y el final de las pequeñas industrias de trabajo manual. Puesto que todas estas tendencias operaron para extirpar los apoyos sociales y económicos de la masculinidad de la clase trabajadora, basada en oficios tradicionales y la destreza física, se inventó una “solución”: el machismo revanchista de los *skinheads*, los cabezas rapadas, botas Doc Martens y canciones reaccionarias y rituales (Hamm, 1995). Esta narrativa subcultural compartida, este texto, se vio muy clara, unificada y fácil de leer para hacer llegar su particular significado e implicaciones. Las subculturas distintivas fueron definidas por estilos precisos y tipos de miembros; ofrecían signos de resistencia, los indicadores de la subversión simbólica contra la hegemonía de la cultura dominante.

Sin embargo, escondido en este sentido de subcultura como texto legible, existe una tensión que sólo ha aumentado en la modernidad tardía. Esta es la tensión entre la subcultura y la cultura más amplia; en otros términos, la tensión entre la inclusión y la exclusión, entre la integración y la diversidad como hemos sugerido anteriormente en este capítulo, valores alternativos y “subterráneos” que ahora se infiltran en toda la cultura moderna tardía, a través de los medios de comunicación, la migración global, los anunciantes principales y los adversarios subculturales. Como vamos a mostrar en los capítulos subsiguientes, este paisaje cultural cambiante eventualmente desdibuja incluso la distinción entre la violencia y el entretenimiento, o el crimen y el control. Por lo tanto, en un entorno tan turbado, la tendencia puede ser la exageración de la integridad del “texto” subcultural, y asumir también una clara delimitación de la propia subcultura.

Tal vez, en ese mundo, la identidad subcultural no es tan distintiva, y los mensajes subculturales no son siempre tan dramáticos. Cada vez más, nos damos cuenta de que al menos algunas subculturas deben ser entendidas —según las palabras de Peter Martin— como “fluidas, porosas, amorfas y transitorias” (2004: 31), con jóvenes que caprichosamente adoptan un papel subcultural, juegan con identidades subculturales y las descartan (McRobbie, 1994), u ocupan múltiples mundos subculturales a la vez. Si todavía existe un texto subcultural para ser leído en estos casos, dicho texto será híbrido, plural y adulterado, que toman prestado de otras subculturas y los valores subterráneos mediados de la sociedad en general a lo largo del camino “y luchan por signos fijos de identidad” (Cohen, 1997: 261) e incluso abrazan su propia demonización (McRobbie y Thornton, 1995). Sin embargo, como ha encontrado Ferrell (1998), en dichas circunstancias, incluso una subcultura relativamente *distintiva* puede definirse por la

dislocación, el anonimato, y el movimiento. Por supuesto, nada de esto descarta el concepto de subcultura; sino que sugiere que, como las condiciones sociales, culturales y subculturales cambian, también deben cambiar nuestros análisis de estas.

Y, como vamos a discutir en el próximo capítulo, en estas condiciones de la modernidad tardía, la criminología cultural se vuelve esencial. En la modernidad tardía, las placas tectónicas de la gran desigualdad y la estigmatización social generalizada se seguirán moliendo debajo de la superficie social, y erupcionarán de forma endémica en forma de crimen y desorden, —con mayor dramatismo— disturbios, terrorismo y “batallas de reconocimiento” (Bauman, 2005) asociados con la guerra contemporánea. En este mundo de inestabilidad e inseguridad vertiginosas, los procesos de exclusión continúan y aceleran, empujados por la representación mediada y la fluidez global. Mientras tanto, las subculturas de la resistencia, la reacción y la desesperación florecen y se desvanecen, lo que nos recuerda que algo está mal, que el mundo social crece solamente más inestable y divergente. Aquí, el crimen y la desviación reflejan el desorden de lo cotidiano.

En estas condiciones, la criminología ortodoxa no será suficiente. El mundo de la modernidad tardía requiere de una criminología que sea algo más que el ruido blanco del sistema de justicia penal, una criminología que dé cuenta del significado en lugar de descartarlo. Exige una criminología diseñada para explorar la representación de la masa y la emoción colectiva, no una inclinación de criminología sobre la reducción de la complejidad cultural de la elección racional atomizada. Si se trata de ser mejor, este mundo no necesita una cultura criminológica de control (Garland, 2001), fundada en la práctica y el conservadurismo, sino una criminología animada por la innovación cultural y dedicada a la posibilidad de la progresión.

La tormenta que se avecinaba finalmente se ha desatado. Ya no hay vuelta atrás.

Una selección de películas y documentales ilustrativos de algunos de los temas y las ideas en este capítulo

***GOODFELLAS*, 1990, dir. Martin Scorsese**

Goodfellas es la obra maestra de Scorsese sobre la verdadera historia del mafioso Henry Hill y su asociación con la mafia de Nueva York. La película es un ejemplo de una serie de teorías criminológicas clásicas, incluidos los conceptos de la Escuela de Chicago de “asociación diferencial” y “transmisión cultural”. Sin embargo, en términos de la relación específica con este capítulo, *Goodfellas* es interesante ya que la película evoca, sin saberlo, dos de las teorías de David Matza: la noción de “la delincuencia y la deriva” (la idea de que los individuos caen en la desviación: vea las primeras escenas de la película que muestra la entrada provisional de Hill en la mafia) y sus famosas “técnicas de neutralización” (o los procesos mediante los cuales los individuos y los grupos racionalizan y explican su criminalidad).

***THIS IS ENGLAND*, 2006, Dir. Shane Meadows**

Ambientada en 1983 en un pequeño pueblo costero Inglés, *This is England* es la historia personal de unos niños de 11 años de edad que se juntan por un corto período con un grupo de *skinheads*. En contraste con el trasfondo de la Gran Bretaña de Margaret Thatcher, *This is England* es interesante ya que se enfrenta con el encanto de las subculturas, pero también con las diferencias psicológicas personales de los miembros del grupo, diferencias que, en última instancia, separan al grupo y fuerzan al personaje central de la película a cuestionar sus valores.

***THE BATTLE OF ALGIERS*, 1966, Dir. Gillo Pontecorvo**

The Battle of Algiers, ganadora de varios premios, utiliza un intenso realismo para describir la lucha del Frente de Liberación argelino contra las fuerzas coloniales francesas. Con escenas de violencia, torturas policiales, asesinatos políticos y atentados terroristas, la película combina escenas dramáticas con las recreaciones de los acontecimientos fieles a la historia, a fin de mostrar el desarrollo de la violencia colonial y poscolonial, y su papel en la restauración del orden mundial contemporáneo. Curiosamente, se afirma que la película se proyectó en la Casa Blanca antes de la invasión a Irak.

***BERKELEY IN THE SIXTIES*, 1990, Dir. Mark Kitchell**

Es un documental histórico que relata sobre el movimiento que lucha contra la cultura de la década de los años sesenta, desde sus orígenes en la Universidad de California en Berkeley. Con una mezcla de grabaciones documentales y entrevistas con actores clave, como Allen Ginsberg y Huey Newton, la película grafica el surgimiento del movimiento contra la guerra, la liberación de la mujer, el auge y la decadencia de las Panteras Negras, y otros aspectos de este período de protesta política.

***A TASTE OF HONEY*, 1961, Dir. Tony Richardson**

Basado en la obra de teatro de Shelagh Deianey, *A Taste of Honey* es una comedia dramática agri dulce que comienza a cuestionar temas de clase y género en Gran Bretaña en la década de los años sesenta. Como muchos largometrajes clásicos producidos durante este período (por ejemplo, *Look Back in Anger*, 1959, dir. Tony Richardson, *A Kind of Loving*, 1962, dir. John Schlesinger, y *The Loneliness of The Long Distance Runner*, 1962, dir. Tony Richardson), *A Taste of Honey* fue muy influyente en el sentido que desafió las nociones de la “familia nuclear” y la rigidez de la clase de Gran Bretaña en el siglo XX.